

SOBRE LA ESENCIA DEL CONOCIMIENTO

UN LIBRO IMPORTANTE DE FRANCISCO CANALS

POR

RAFAEL GAMBRA

Las letras filosóficas españolas se han visto enriquecidas con una aportación de primer orden en el libro de Francisco Canals «Sobre la esencia del conocimiento», recientemente aparecido (1). En la culminación de su docencia como catedrático de Metafísica en la Universidad de Barcelona, Canals nos ofrece este libro, sin duda uno de los más rigurosos y esclarecedores de nuestra generación.

La vocación filosófica y la formación de Canals se alumbraron bajo el magisterio del P. Ramón Orlandis, S. J. y de Jaime Bofill allá por los años cuarenta. Hoy puede contarse entre las mentes más lúcidas y profundas, tanto en el campo de la metafísica como en el de la teología.

El libro que ahora nos presenta (más de 700 págs., en cuarto) constituye, sin duda, el fruto de cuarenta años de meditación filosófica. Objeto de su investigación es el conocimiento, aquello cuyo análisis se convirtió para casi toda la filosofía «moderna» en problema radical, previo a cualquier otro planteamiento. Al menos desde Descartes la «pregunta gnoseológica» ha venido a constituirse en filosofía primera, anterior a toda ontología. Desde entonces —tras la exigencia de una *inmediatez* del conocimiento— la epistemología se ha debatido en una constante y estéril búsqueda del «criterio de certeza». Idealistas y realistas —tan ingenuos a menudo los unos como los otros— giran eterna y vanamente en torno a una gnoseología radical, exenta de presupuestos metafísicos.

Y, como *nihil novum sub sole*, las soluciones de Canals a este *impasse* filosófico de la modernidad consisten en una meditación profundizadora del aristotelismo tomista y del antiguo tomismo, principalmente en el de Juan de Santo Tomás. Diríase una relectura del Aquinatense desde la problemática y la mentalidad de nuestra época.

Para Canals, la misma radicalidad de la pregunta gnoseológica, lejos de excluir, exige como presupuesto la originaria ex-

(1) FRANCISCO CANALS VIDAL: *Sobre la esencia del conocimiento*. Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1987, 720 págs.

perencia humana del conocimiento; y no solo del conocimiento humano, sino del conocimiento *en cuanto tal*. Únicamente una previa concepción del ente puede otorgar sentido a la cuestión de la esencia del conocer: «Metafísica del ser» que concebirá al ente como aquello *cuyo acto es el ser*, y que reconocerá su núcleo en la concepción del ser como *acto y perfección*, actualidad incluso de las mismas esencias. Ello lleva al autor a la determinación de los *praecognita* que supone la posibilidad misma de la pregunta gnoseológica. Ante todo, la existencia misma del conocimiento, la múltiple y analógica significación del nombre y del significado de «entender» como referido al conocimiento de las esencias.

Los distintos intuicionismos que nacieron del planteamiento cartesiano —con su prioritaria consideración de la pregunta gnoseológica— tuvieron origen en la negación u olvido de dos puntos capitales del aristotelismo tomista: la definición del *verbo mental* y la existencia en el hombre de un *doble conocimiento*: el conocimiento existencial, singular e íntimo, y el conocimiento esencial, conceptualmente expresado, acerca de la propia naturaleza de la mente. (Pervive el eterno misterio de la correlación entre pensamiento y lenguaje, pues, si bien es cierto, como dice Canals, que «no se habla si no se piensa», no lo es menos que no se piensa si no se habla. Decía Gustave Thibon que él tenía un pato en su establo que jamás había visto a otro pato; no obstante lo cual, se había desarrollado como cualquier otro pato, al paso que un hombre criado fuera del comercio y lenguaje humanos no llega a desarrollar las facultades propiamente humanas. Pero, evidentemente, uno es el problema de la génesis del pensamiento y otro el de la esencia del conocer, de que aquí se trata).

La escisión entre pensar y ser, común a los diversos intuicionismos modernos, se ha extendido también a una escolástica posterior que olvidó tesis esenciales del tomismo. Los esfuerzos de la neoescolástica por refutar el cartesianismo, el empirismo y el pre-idealismo kantiano admitieron por lo general que el conocimiento, para no verse deformado en su naturaleza, debe interpretarse como aprehensión de lo conocido a modo de objeto, con una primacía sobre el sujeto por estar constituido en su verdad con independencia y prioridad respecto al hecho de ser conocido. Tales afirmaciones se ven afectadas a menudo, desde la crisis de la escolástica, por la pérdida del sentido de la intencionalidad de la conciencia cognoscente, común a los mismos intuicionismos que critican. Ya el propio Suárez, al rechazar la te-

sis tomista de la naturaleza de la representación *in quo* del verbo mental, sostuvo una noción del entender semejante a la de la visión sensible. La afirmación aristotélica de la identidad de lo cognoscente y lo conocido «no hace sino interpretar la realidad del conocimiento tal como se muestra: como una captación de lo conocido que el cognoscente posee y es en sí mismo, y por ello, no como una cosa entre cosas incapaz de superar sus propias determinaciones naturales». «En entendimiento en acto es, en fin, lo entendido en acto».

Realiza, así, Canals una sagaz crítica de los modernos postulados intuicionistas o de univocación naturalista obstinados en ignorar la heterogeneidad ontológica del conocimiento con respecto a las determinaciones del «ente natural», y también de los esquemas dualistas que suponen una polaridad sujeto-objeto, enfrascándose después en la insoluble «cuestión del puente». En fin, concluye nuestro autor que la cuestión última sobre la esencia del conocimiento no puede resolverse como una pregunta sin presupuestos. Son éstos, entre otros, la existencia del conocimiento y su pertenencia a la actividad vital del hombre, el significado múltiple de la palabra *conocimiento* que apunta a los diversos niveles que llamamos sensibilidad y entendimiento, la apertura a la posesión por el hombre de toda realidad sensible o inteligible a la que se abre en la vertiente intencional de su conciencia en que el conocimiento se realiza como aprehensión objetiva, el hecho de que quien así viene a «serlo todo» en el orden sensible e inteligible y a «descubrir en sí mismo el orden del universo y de sus causas» es, sin embargo, el mismo hombre individual que, al conocer, experimenta su existir como perteneciente a su vida individual.

La verdad, en cuanto manifestadora del ser, tiene su elemento propio en el lenguaje mental inmanente, formado por el entender en acto. El entender es así emanación de la palabra mental, de lo entendido como tal: como no se añade el vivir al ser, sino que el vivir es un ser más perfecto, así tampoco sobreviene la cualidad inteligible al viviente, sino que se constituye intrínsecamente como perfección exigida por su ser.

Libro este del profesor Canals agudo y profundamente meditado, indispensable para adentrarse en la «grandiosa y ardua» concepción que supone el pensar dentro del ser, y superar, así, tanto las elaboraciones del idealismo como las artificiosidades de la moderna epistemología. Fruto maduro de un pensamiento capaz de apurar las últimas consecuencias en una cuestión que encierra en sí los grandes problemas de la filosofía universal.